

Goethe: su personalidad

Mucho se ha escrito sobre el gran genio alemán Juan Goethe, con motivo del 2º centenario de su nacimiento. Artículos diversos cuyos criterios rectores no siempre podían afiliarse a nuestra ortodoxia católica. Y nosotros, que queremos ir a la vanguardia del movimiento cultural humano, no cederemos, por eso, un punto de las altas exigencias que nos impone nuestra fe. A todo queremos buscarle un sentido trascendente. Por ello, exaltamos, sí, emocionadamente, la estatura genial de Goethe, pero señalamos —con pena grande— el veneno inmoral de muchas de sus producciones y el gran vacío de esencias cristianas que se deja sentir a lo largo de toda su obra creadora.

Los dos valores del hombre. Su medida en Goethe.—

Dos son los valores, correspondientes a nuestro doble vivir, que nos magnifican: personalidad y perfección. Plenitud en lo humano, cercanía a la divina plenitud. Vuelo a Dios de todas las humanas facultades en desarrollo perfecto.

He ahí el único enfoque certero y fundamental para calibrar en todo su ámbito —con luz humana y celeste— el valor entero de cada hombre, de cada genio. A su plena luz, admiramos en Goethe toda la inmensa excelstitud humana de su personalidad irradiadora, en la que nuestra naturaleza dió altísimos resplandores, y su grandeza inmensurable, por aquella faústica insaciabilidad suya, llena siempre de la voluntad de crecer, si es verdad que “lo que más vale en el hombre es su capacidad de insatisfacción” (Ortega y Gasset). Pero también descubrimos en él, con inconsolable pena, su fallo absoluto y sustancial, que es la orfandad de Dios y de vuelos sobrenaturales en su vida y su obra.

Esta es la clave para solucionar y encontrar sentido a las desorientadoras antinomias de la psicología goethiana, a las dudas ahondadas en su alma y a aquella perpetua inquietud que le horadaba el espíritu por debajo del adquirido equilibrio de sus facultades de creación.

Porque Goethe, máximo exponente y arquetipo de la literatura alemana, no es más que un eco dolorido de ese drama interno que la agita, drama de angustias de la eterna contienda entre sus primigenias energías, rociadas de paganismo ya en el amanecer de la raza, contra todo el medio ambiente traspasado de Cristianismo; y, más a flor de superficie, combate del volcánico hervor teutón por la conquista de la serenidad clásica. Pues bien, toda esta mística peregrinación literaria de Alemania, la realiza Goethe en su alma con emocionante vehemencia trágica.

Personalidad: ensueño de Goethe.—

“La personalidad —escribió él— es la suma delicia de todos los seres”. Hacia sus cimas espléndidas y fascinantes tensó Goethe todo su ser. Fué el sueño de sus sueños y la más grande de sus realizaciones, puesto que su vida misma, indisoluble de su producción, es la más acabada y genial de sus creaciones artísticas. Dotado opulentamente para la poesía y para infinidad de ciencias, que llegó a dominar, todos los elementos emotivos e intelectuales, todas sus potencias anímicas, se conjugan en él para forjar al hombre cabal, transubstanciándose en personalidad. Su forja sigue y refleja el proceso de la naturaleza, a lo largo de todas sus fases, con lento y progresivo crecer —“el genio es una larga paciencia”— compendiando en sí mismo la humanidad entera.

Y él, consciente de la magnitud de su empeño, sólo abre camino y acceso hacia el alma suya, a lo que pueda acrecer el mar de su personalidad. Cuanto vibra en torno, es valorado según la abundancia de plétoras con que pueda enriquecerle. Hasta la religión, que debe trascender todo y trascendernos, fué apreciada por él con esa estimativa humana y pobre; y se elaboró su credo y sus dogmas, anchos, sí, pero sin sobrenaturalidad. Luego los amalgamó con su visión de la Historia y una filosofía también de cuño propio —para Goethe tres facetas distintas y una sola entidad verdadera— en un sistema personal del mundo; y todo ello para que le sirviera como de peana en que entronizar su propia estatua.

Con admiración y dolor de su trunca grandeza, por faltarle la luz más bella, la del Cristianismo, acompañémosle en el sumo misterio de su gestación, desde su embrionaria "entelequia", como se llamó a sí propio, hasta la alta gloria de su humana excelsitud.

Elementos de la personalidad.—

En la equilibrada y luminosa fusión de la subjetividad romántica y del objetivismo clásico reside, substancialmente, la esencia de la personalidad literaria y artística. Romanticismo y Clasicismo. Vuelo y geometría. Canon eterno amoldado al pulso de la vida actual. Impetu y medida, que diría nuestro Ortega y Gasset. Agua brotando líricamente fresca del hontanar del alma, pero para reflejar en su claro temblor de los pasajes del universo. Catedral gótica —para mí máximo símbolo— donde la estabilidad de las columnas lanza al aire la gracia de las ojivas y el vuelo vertical de sus torres.

Al romántico, para ser personalidad perenne, le falta serenidad y mesura, contacto puro con la naturaleza. El romanticismo ahonda; pero sólo en sí mismo; por eso aísla. Sus clamores, llenos de un anhelo de infinitud estremecida, se sobreponen tumultosamente, apasionadamente, a las normas consagradas que debe llevar toda obra con vocación de eternidad.

El clásico, a su vez, camina demasado lenta y regularmente, para ser

vida y latido propio. Ante sus armónicas realizaciones —el Partenón por ejemplo— cabe la admiración contemplativa, pero no, tal vez, la adhesión, el estremecimiento. Emplea módulos inalterables, eternos. Universaliza. Pero a costa de lo individualidad, de la vibración de las intimidades.

Por eso Goethe, espíritu universal y sintético, que vivió dos épocas antípodas: la de un desorbitado clasicismo y la de un romanticismo en ascua, conjugó en sí —para resplandor y perduración de su poesía— esas dos corrientes antitéticas y, por lo mismo, complementarias. No es otro el secreto, por el que se revela eternamente joven e inédito, inagotable, para cada corazón que se le acerca. Y por el que aprisiona pronto, en su atmósfera de poesía humana, a quien posea bello entender y emoción ante los eternos problemas del vivir.

Romanticismo de Goethe. Lírica.—

Juan Wolfgang Goethe nació en Francfort del Main el 28-VIII-1749. Para los 15 años ya había puesto en contacto su alma genial e intacta con el medioevo germánico y la antigüedad grecorromana. Y todos sabemos con qué indelebilidad se nos graban las impresiones primeras. ¿Sintió ya desde ese punto y hora, por primera vez, el anhelo irrepresable de la serenidad helénica anhelo que a él y a toda la literatura alemana atrae siempre e impulsa hacia los horizontes clásicos de quietud y claridad?...

En 1765, va a la Universidad de Leipzig —primer jalón en su itinerario sentimental por viejas ciudades de sabiduría— para doctorarse en Leyes. Paralelamente sigue un curso de botánica y medicina. Pero sus afanes mejores son para la Literatura.

Hierve en toda la efervescencia de su brote el Romanticismo. Romanticismo adolescente, quiero decir, arrebatado fervor iconoclasta. No digamos nada en la juventud, divino tesoro. Todo él, tempestad e ímpetu. "Sturm und Drang". ¡Abajo lo antiguo —se oye gritar— que está vacío de palpitations! ¿Por qué no aflorar nuestros íntimos veneros líricos?". Y en parte tenían razón. El neoclasicismo fué, como todos sabemos, una

criatura sin alma, o, mejor, sin espíritu, que es el que vivifica. Rigideces de preceptiva y letra.

Goethe se va con el "Sturm" entusiásticamente. Abre paso y cauce al surtidor de sus versos. Y ¡qué versos! Toda una henchida vena juvenil borbollando en chorro de rimas. Canta con alma y emoción. Y todo cuanto le hiere o halaga, ventura o sufrimiento, al atravesar su alma, se transflora milagrosamente en poesía, como el viento al pasar por la flauta se convierte en música. Y al cantar —espíritu privilegiado— adquiere reposo y equilibrio. Y resonancia en otros corazones. Porque a esos raptos líricos, huidizos por naturaleza, el alma genial y el genial claro modo de decir de Goethe dan hanchura, resplandor y perennidad. Así hace volar, por los ámbitos del universo, el aleteo temblador de sus intimidades. Y su poesía siempre hace erguir el vuelo, hacia nuestro horizonte sensitivo, desde no sé qué dormidas interioridades, a toda una bandada de sentimientos entrañadamente humanos, como el verano hará volver cada año a nuestro balcón los obscuras golondrinas becquerianas.

Pero nunca —pena da el decirlo—, nunca sus versos son versículos, ni salmos sus gritos del alma. Y yo me echo a soñar qué resonancias inefablemente hondas hubiera levantado esta poesía goethiana si hubiera palpitado con latidos celestes... Pero los sueños, esta vez también, sueños son...

Esta fase romántica, de todos modos, es la que le desarrolla el primer insustituible elemento de toda artística personalidad: la subjetividad, la flor y gracia inefables de lo espontáneo, la eterna frescura de los propios hontanares. Porque toda la lírica de este poeta surge insobornablemente límpida de su hondura, así como mana la fuente su agua diáfana de la entraña de la roca. Sus cantos son pedazos de su corazón palpitante, pedazos de alma, o, como él mismo dice, "fragmentos de una confesión".

Epoca del romanticismo en exaltación y brasa viva. Epoca en que Goethe aprende a cantar desde adentro. Tiempo florido de la juventud en que todos somos un poco, o —seamos sinceros— dos pocos, rapsodas de un romancero íntimo. Y época en que nuestro gran poeta recibe el don

taumatúrgico de volcar en los rítmicos cauces de la estrofa y la rima —porque el poeta danza, pero danza encadenado, como dice Nietzsche, como las estrellas arriba, decimos nosotros, tan siervas de sus órbitas y tan libres— el don, digo, de encauzar en versos las espumosas y bullentes cascadas de anhelos y vivencias que por dentro tumultuosamente se pulverizan.

Regresado a Francfort, 1768, se inicia en la magia; para que no falte a este hombre maravilloso, millonario de ciencias, la ciencia de lo maravilloso. Aprende así a caminar, con seguro pie, entre lo real y lo cabalístico, para cuando haya de introducir aquellarres en el "Fausto".

Hacia el clasicismo. 1ª etapa Gótico —

En 1770 se traslada a Estrasburgo. Y su primera emotiva visita es a la catedral, desde cuya calada torre —que a lo mejor tiene una alta procedencia de álamo de piedra— toma lírica posesión de la ciudad. Y ante esta bellísima presentación del gótico se le abre a Goethe el misterio de su génesis y simbolismo, y delinea toda una teoría del arte nacional germánico. Ya ha emergido de sí mismo, de su mundo subjetivo, para incorporarse toda Alemania. Hasta ahora su poesía sólo cantaba el musical paisaje de dentro, bullicio e intransferible. Ya no. Porque aun cuando su hervor romántico le rebrote todavía en súbitos epígonos hasta el volcanismo de "Werther", nuestro poeta inicia ya, luz a luz, cumbre a cumbre, serenidad a serenidad, la ascensión hacia las cimas sosegadas del clasicismo. Su andadura se orienta a la objetividad, hacia la recta contemplación de las cosas en sí, como entidades individuales y concretas. Por lo mismo, su amor al mundo se le va ensanchando hasta el punto de sentir su alma la necesidad de trenzar entrañable diálogo aun con la más distanciada criatura, como el Pino del Norte con la Palmera del Sur, en el inolvidable poema de Heine.

Precisamente por este tiempo, se pone en contacto —y no olvidemos que en él es siempre roce vivo y fecundante— con la pintura y las artes plásticas. Se pasa horas y horas en el museo, llenándose de tesoros

de hermosura; de paisajes estereotipados, un poco siempre muertamente, en el lienzo, como preludeo a su ensimismamiento contemplativo ante los panoramas vivos de la naturaleza, como un trampolín par brincar desde la contemplación de su íntimo mundo hasta el amor y entrafiamiento del universo circunsdante.

Como sabe bien que para el pleno equilibrio creador se precisa el control de las oscuras fuerzas del instinto, se ejercita, por medio de dura ascasis, en señorearlas. Camina al lado de los tambores militares, escala alturas y visita nocturnamente parajes temerosos a fin de vencer su fobia al ruido, y sobreponerse al vértigo y al temor. Y en fin, para poner a todo esto sello aristocrático, aprende también danza y esgrima.

Entonces igualmente recibe la influencia fecundadora de muy diversos valores, cuyas peculiaridades sabe él asimilarse por enriquecimiento de su todavía embrionaria personalidad. Así de Herder, maestro de toda literatura de alma del romanticismo alemán, Goethe, que es ya romántico que se evade, bebe raudales de sabiduría antigua y amor por las viejas literaturas populares. Y mientras que Juan Enrique Merck, científico y literato, de sagaz intuición crítica, en quien encuentra un valioso rector para el clasicismo, atempera y represa sus ardores, Hamann, el mago del Norte, y Klopstock, el gran autor de la "Mesiada", el glorificador del pasado patrio, inyecta en sus venas líricas, arrebatado, vigor pujante y un poco —o mucho— de énfasis en decir las cosas. Por añadidura, ha tenido diálogos inolvidables con Federico Enrique Jacobi, quien le ha trasvasado el ardor y la gracia matemática de la filosofía spinoziana, esa que eleva en exceso la talla del hombre. Figuráos cómo absorbería Goethe esas ondas elevadoras, para quien el hombre, la personalidad, lo es todo.

Con todas estas henchidas afluencias de plétoras en flor, que se le meten alma adentro, una viva ansia de crear magnificencias agita en temblor heroico su estro, y esboza el Fausto, Mahoma, Prometeo, El Judío Errante, todas las grandes figuras de la Historia y de la leyenda, que le atren porque se siente con capacidad para comprenderlas y dar-

les nueva existencia.

Y como el postrer romántico clamor que lanza al mundo su alma, escribe "Werther", cuya dolorida sentimentalidad pasional ha vivido el poeta tan intensamente que en cuatro semanas queda la obra perfecta. En ella, toda la acción es hacia, adentro, un repliegue a la intimidad de sus nostalgias, de sus querencias, de su dolorido penar y anhelar. Y como en Gabriela Mistral y tantos otros, el canto se ensangrienta para dar alivio al poeta y adormecerle el alboroto y el encendimiento de las pasiones que le conturban el fondo del ser.

Por ello, ya arrebatada su congoja metafísica al drama, sin la cual no hay conmovir ni pervivencia. Y porque la tiene, aunque desorbitada, provoca ondas de emoción irrepresable en corazones adolescentes y sensitivos, a quienes ha conmovido hasta las lágrimas. "Wertherismo" es esa melancólica inquietud del corazón que luego se ha llamado patéticamente "dolor cósmico". Un sufrir tan ahondado y venenoso que empja a muchos desventurados, junto con el protagonista, al suicidio. Pero con esa muerte final eliminaba Goethe de sí el romanticismo desenfundado que le desasosegaba.

Tiene ahora 26 años como 26 primavera floridas y ubérrimas. Acendra, obra a obra, su estilo, que cada día complace más. Trasciende la fama los ámbitos patrios, y su criterio y su modo pautan ya las corrientes de la literatura nacional y extranjera.

Es entonces cuando realiza su primer viaje a Suiza, en cuyas cimas señeras y puras, percibe —¡otra vez!— clara y apremiante la llamada de Italia, la atracción misteriosa que toda la filosofía germana, a la que se corren las vagarosas brumas de los paisajes nórdicos, siente hacia esa bienaventurada tierra, bañada de claridad y calma, donde se canta con ritmos virgilianos y es el arte jerárquico y canon.

Resiste sin embargo, a la íntima aldadada, y acaba por incardinarse —él creía que no, pero resulta que sí— en esa ciénega florida — fondo de primitivismo teutónico bajo refinada cortesanía de importación gala — que es la Corte del joven Duque Carlos Augusto. Su liliputiense reino es uno de tantos areópagos cul-

turales de la fragmentada Alemania del ochocientos, al que la presencia irradiadora de Goethe con Schiller aupará sobre todos los otros hasta conferirle el cetro de la monarquía artística alemana y europea.

La gente joven que ha llorado románticamente sobre las páginas del "Werther", le acoge ardorosamente y le aclama a él, que hace ya tiempo enfiló su ruta hacia lo clásico, por jefe de esta corriente innovadora, frente al partido acaudillado por el viejo poeta Wieland, de cuyo reuma se resienten también sus versos, y que propugna el momificado neoclasicismo, del cual ya hemos hablado. Mas al poco tiempo, Wieland rinde sus banderas ante el nuevo poeta y escribe a un amigo: "Tengo el alma tan llena de Goethe como lo está de sol la gota de rocío".

Los primeros meses transcurren

para Goethe alocadamente entre diversiones y espectáculos frívolos. El es allí el ídolo y el alma de los festivos y sobre él se acumulan casi todos los cargos oficiales del Ducado. Pero en todo este tiempo no produce nada fundamental. Y en lo hondo hondo, se agita la inquietud.

En nuestro próximo artículo veremos la culminación del proceso ascendente del poeta hacia lo clásico y su fusión con el romanticismo. Encumbrado así en un plano universalista, señalaremos las riquezas incomparables de su poesía única y también lamentaremos el hecho de encontrarla vacía de esencias espirituales y mezclada con incalificables desaciertos.

Caracas, octubre de 1949.

CARMELO SALVATIERRA, S. J.

VITALIDAD NUMERICA DE LA IGLESIA

Total de católicos en el mundo:

en 1920 312.000.000

en 1949 423.000.000

Ha habido un aumento de 111.000.000

En igual período de años la población total del mundo aumentó en 600 millones, o sea en un sexto de su total.

En su comparación los católicos aumentaron en un tercio. Tal aumento se debe en parte a la actividad en tierras de misión.